

la israelita en casa de su padre para buscar con que socorrer á Neftalí, llegó Eliezer al pié de una roca, donde encontró á su hermano tendido, pérdidos los sentidos, y con el velo que habia recogido todavía en su mano: al verlo rasga Eliezer sus vestidos, se arroja sobre su hermano, lo abraza, lo riega con sus lágrimas y lo colma de caricias. Reconoce que no tiene herida alguna; llama á sus compañeros, y juntando en un vaso la poca leche que habia quedado en los de los demás, le hace poco á poco tomar este licor benéfico, con cuyo auxilio abre Neftalí sus apagados ojos para buscar á la israelita. Cansado de este pequeño esfuerzo, los vuelve á cerrar; y á pesar de su debilidad, lleva á su seno el precioso velo que habia conservado. Eliezer y sus amigos, haciendo de sus brazos una cama, lo levantan con mucho cuidado, y guiados por un pastor de aquellas montañas, toman el camino de Silo.

¡Oh qué sentimiento tan justo como excesivo tuvo Sadoc al ver traer su hijo moribundo! En vano, disimulando su cuidado el afectuoso Eliezer, quiere calmar las dudas de su padre y asegurarle que no peligrá la vida de su hermano; pero aquel, inmóvil y silencioso, dirige al cielo sus miradas, y no se atreve á quejarse á su

Dios por una desgracia superior á sus débiles fuerzas.

El cuidadoso Eliezer da á su hermanos cuantos socorros son imaginables; lo pone en una cama de blandas pieles, y reanimándolo con algunas gotas del delicioso vino Engaddi, recobra el jóven hebreo sus sentidos; sus ojos reconocen á su amado padre, y sus brazos se mueven para abrazar á Eliezer; este, de rodillas á la inmelacion de su cama, sostiene con una mano la débil cabeza del enfermo, y con la otra le ofrece los remedios. Sadoc no puede sin lágrimas ser testigo de una escena tan tierna, y todo el pueblo de Silo, reunido delante de su casa, manifiesta á gritos su inquietud, y el amor que profesa á Neftalí.

El siguiente á este funesto día, era el sexto del mes de Sivan, y el cincuenta despues de la Pascua; en cuyo día se celebraba la memoria de aquel en que completando el cincuenta de la salida de Egipto, se dignó el Señor en el monte Siná, dar las leyes á su pueblo escogido. En este día el Sumo Sacerdote, acompañado de los levitas, presentaba en nombre de los hijos de Jacob dos panes de harina nueva como primicias de la cosecha, é inmolaba en holocausto dos toros de peca edad, un carnero, siete corderos

sin mancha como hostias pacíficas, y el indócil macho cabrio en expiación de las faltas de un pueblo muy poco sumiso. Después de este sacrificio de reconocimiento, las familias se reunían para entregarse á la alegría: cada israelita abría las puertas de su casa para los hermanos de las demás tribus, y los hijos de Jacob le ocupaban en estrechar los lazos de la dulce fraternidad.

Sadoc, después de haber llenado los santos deberes de su ministerio, volvió á encerrarse en su casa á la inmediación de su hijo. El caritativo Eliezer, no obstante la celebridad del día y del sacrificio, dejó de asistir á este, por acompañar á su hermano; pero luego que por la noche se apoderó del enfermo á quien cuidaba un tranquilo y benéfico sueño, se fué al Tabernáculo, en donde con la frente en tierra, y los brazos tendidos hasta la orilla del velo que cubría al Santo de los Santos, permaneció mucho tiempo pidiendo por Neftalí.

Ya la aurora había vuelto, y las siete lámparas del candelero de oro alumbraban con una luz pálida, cuando Eliezer salió del Tabernáculo para continuar cuidando á su hermano; al salir del segundo recinto ve que lo detiene de repente una jóven israelita, que traía dos palomas

y un cordero blanco: la inquietud y el dolor se retrataban en el semblante de esta hermosa incógnita: un rubor modesto cubría su frente, en la que se confundían con mucha gracia el pudor y la piedad. Habiéndose acercado á Eliezer, y separado su vista de él que la admira, le dice lo siguiente:

“Perdonad, Levita del Señor, perdonad que una desconocida os detenga un momento. Aun-
“que extranjera en Silo, no soy infiel. Vivo en
“Benjamin en la aldea de Luza; mi nombre es
“Raquel: mi padre Abdias adora al Dios de
“Isac: yo vengo á ofrecer al Todopoderoso este
“cordero y estas palomas, única riqueza de que
“puede disponer un pastor. ¿Os dignais, hijo
“de Aaron, inmolarlas por mí en el altar, y pe-
“dir al Todopoderoso la gracia que solicito?”

Dicho esto calló: Eliezer la mira sin poder responderla: pues el dulce acento de esta voz le había conmovido demasiado. Imóvil de admiración, y penetrado de un fuego en que se abrazan sus sentidos, se complace en conocer su herida, sintiendo una turbación que le inquieta y le agrada al mismo tiempo, de modo que encuentra ya delicias en su mismo padecer.

Alargando, en fin, una mano trémula á la modesta Raquel, le dice: Venid hija de Abdias,

venid á asistir al sacrificio: vuestra presencia lo hará más puro. Yo inmolare las víctimas, ofreceré por mí mismo estos dones; pero para que mis fervorosos votos puedan unirse á los vuestros, respondedme con confianza, ¿qué pedis al Señor?

Raquel á esta pregunta se avergonzó de nuevo, é inclinó su vista al suelo. Hijo de Leví, le respondió, el puro sentimiento que me anima, ni debe, ni yo quiero ocultaroslo: vengo á implorar al Todopoderoso por el mortal á quien debo la vida: yo no puedo socorrerlo, y sus días peligran; y que el Señor ántes que á él me haga padecer los males que él experimentará en este momento; esta es mi súplica, este mi deseo y el objeto de mi sacrificio.

Al decir esto se escaparon algunas lágrimas á la hermosa é inocente Raquel, y Eliezer no pudo contener las suyas. Vuelve al Santuario, se lava las manos y los piés en la gran cuba de cobre, y despues prepara el fuego en el altar de los holocaustos. Los Levitas vienen á ofrecerse para ayudarle á estos preparativos; pero Eliezer no admite esta oferta por no partir con otros tan agradable trabajo; entre tanto, Raquel de rodillas delante del Tabernáculo, con la mano derecha puesta sobre la cabeza del cordero

y presentando con la izquierda sus dos palomas espera el momento del sacrificio.

No tardó en encenderse el sagrado fuego, Eliezer toma las víctimas, y vierte su sangre en el altar por el lado del Aquilon; despues pone el sacrificador una medida de harina pura, la riega con aceite nuevo, y las llamas se aumentan y las consumen. La jóven Raquel, postrada, invoca en voz baja al Señor del cielo, y Eliezer en voz alta le pide que oiga las súplicas de esta piadosa Benjaminita: y que conserve la vida del que tanto le interesa; no dudando que, segun lo que le habia dicho, fuese su padre la causa de su inquietud. Esta idea, que se agrega á la del riesgo en que estaba Neftalí, hace más fervorosa la peticion de Eliezer; y la semejanza que encuentra este en la situacion del corazon de Raquel y el suyo, aumenta, si es posible, el amor que profesa á esta.

Apénas se habia acabado el sacrificio, se levanta de repente Eliezer lleno de alegría: corre adonde está Raquel, y le dice: Ved lo que dice el Señor. *Volved á vuestra casa: el objeto de vuestras inquietudes ha recobrado la salud: dad gracias por este beneficio al Dios de vuestros padres, y acordaos del levita, que os agradece lo hayais elegido para celebrar el sacrificio.*

Raquel al oír esto se inclina de nuevo, y adora al Señor; y despues, á poco tiempo, se levantó enjugando las lágrimas que corrían por sus mejillas. Da á Eliezer una mirada de reconocimiento y desaparece al punto.

El hijo de Sadoc no se atreve á detenerla, suspira y la sigue con la vista; pero la memoria de su amado hermano hace desaparecer de la suya toda otra idea, y así se da prisa en volver á verlo. Neftalí, fuera de todo riesgo, Neftalí, que no tiene á su hermano al lado, pregunta á gritos por él; y yendo, á pesar de su debilidad, hácia el quicio de la puerta, recibe en sus brazos á Eliezer, á quien la sorpresa y la alegría embargaron del todo los sentidos.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

CANTO SEGUNDO.

Todo Israel se entrega á la alegría en celebridad de su fiesta. Los viejos, los esposos, las madres, engalanados con sus mejores vestidos, hacen poner delante de sus puertas mesas cubiertas con manjares deliciosos. Las jóvenes doncellas, con vestidos de lino y coronas de rosas blancas, recorren la ciudad bailando al son de sus tirsos y cimbalos. Los padres, los amigos, todos se reúnen; las tribus los imitan; los ancianos, los Sacerdotes, los labradores, los moradores de la ciudad y de las aldeas, no forman mas que una familia. y todos repiten sin cesar el nombre de Jacob; todos, abrazándose confiesan á cada instante que son hijos de un mismo